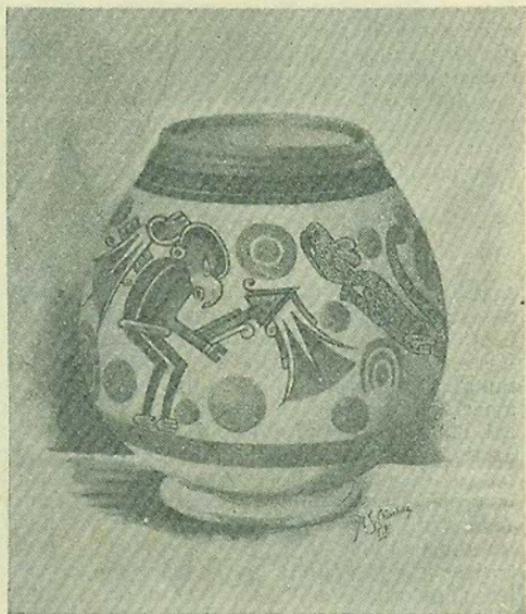


Los pueblos primitivos, semejantes á los niños de poco desarrollo intelectual, aceptaban fácilmente toda clase de teorías sobrenaturales para explicarse los fenómenos que más tarde las leyes astronómicas, la física del universo y la sociología han venido á convertir en simples manifestaciones de la vida humana en relación con el ambiente en que se desarrolla. Para exteriorizar sus ideas fantásticas se veían obligados los indios á valerse de pinturas gráficas en que debían entrar los objetos para ellos conocidos como eran el Sol, la Luna, la Tierra, el fuego, el agua, el aire, los animales y las plantas que les eran familiares, aunque para dar á los animales cierta apariencia mitológica los desfiguraban á veces, dotando á los reptiles venenosos, por ejemplo, de piernas, de plumas y otros atributos que los diferenciaban de las especies por ellos conocidas.

“Dicen los indios *Salivas* que el *Purú* envió á su hijo desde el cielo á matar una serpiente horrible, que destruía y devoraba las gentes del Orinoco, y que realmente el hijo del *Purú* venció y mató á la serpiente, con gran júbilo y alegría de todas aquellas naciones, y que entonces *Purú* dijo al demonio: vete al infierno, maldito, que no entrarás en mi casa jamás. (1) Y añaden, que aquel consuelo les duró poco, porque luego que se pudrió la serpiente, se formaron en sus entrañas unos gusanos tremendos, y que de cada gusano salió, finalmente, un indio caribe con su mujer; y que como la culebra ó serpiente fué tan sangrienta enemiga de todas aquellas naciones, por eso los caribes, hijos de ella, eran bravos, inhumanos y crueles.”

Esas tradiciones corrían de pueblo en pueblo. Por eso no es extraño que nuestro Museo Nacional conserve entre su rica colección de cerámica la pieza

número 9,122 que podemos considerar como un vaso sagrado de los chorotegas, procedente de las sepulturas indígenas de Nicoya. Este vaso mide 18 centímetros de alto por 10 de diámetro en la boca; hacia el centro se dilata mucho á manera de tinaja. Sus dibujos en colores, blanco, rojo, amarillo y negro, representan la lucha de un reptil con un guerrero armado de hacha desproporcionadamente grande; la figura humana tiene cabeza de gavilán, con un penacho en forma de hacha, semejante á la que empuña con ambas manos; ese penacho se halla tendido sobre la espalda desde la cabeza hasta la altura de las caderas. Este vaso parece ser la expresión gráfica de la tradición conservada por los indios del Orinoco, de que el hijo de *Purú* bajó del cielo, para destruir el poder



No. 9,122.—Vaso sagrado de los chorotegas

(1) *El Orinoco Ilustrado*, por el Padre José Gumilla. Año de 1745. Tomo I, página 125.

devastador de la serpiente. Dada la escasa imaginación de los pueblos primitivos, es natural que al hijo de Dios lo representasen con forma humana, y para diferenciarlo de los demás hombres le pusiesen cabeza de gavilán, ave cuya tendencia á destruir los reptiles era bien conocida de los indios. El Sol con su disco luminoso, la Tierra y la Luna parecen estar igualmente representados en esta valiosa alegoría. Por la posición y tamaños dados al Sol, á la Tierra y á la Luna, debemos suponer que nuestros indios consideraban al Sol más grande que la Tierra, y á nuestro satélite mucho menor en capacidad. La vista de la figura humana se dirige á la Tierra, lo cual viene en apoyo de esta interpretación. Al otro lado del vaso se repiten las mismas figuras, algo borradas por el trascurso del tiempo hasta hoy inapreciable.

La corriente de las tradiciones, así como la emigración de los pueblos y de los animales se ha efectuado siempre entre nosotros, por ley natural, de Norte á Sur por la vertiente del Pacífico, y de Sur á Norte por el lado del Atlántico, dejando en Costa Rica la huella ambas corrientes al mezclarse, por razón de la estrechez del Continente, como al unirse las aguas de dos ríos caudalosos, blancas y turbias, producen una mezcla que participa de las unas y de las otras. Dos civilizaciones indias sobresalen en los antiguos pobladores del Continente Americano, la de México que baja dejando su rastro en todo Centro América y la del Perú que se extiende con dirección al Norte desde el centro en que tuvo su florecimiento. En el mar, en la electricidad, en las sociedades humanas, en el movimiento de las ideas, podemos observar esas corrientes contrarias, que al tocarse se mezclan; semejante fenómeno revela el estudio de la Arqueología costarricense. A falta de códices antiguos poseemos, por fortuna, la cerámica dibujada, que constituye para la historia un foco de luz á través de los siglos.

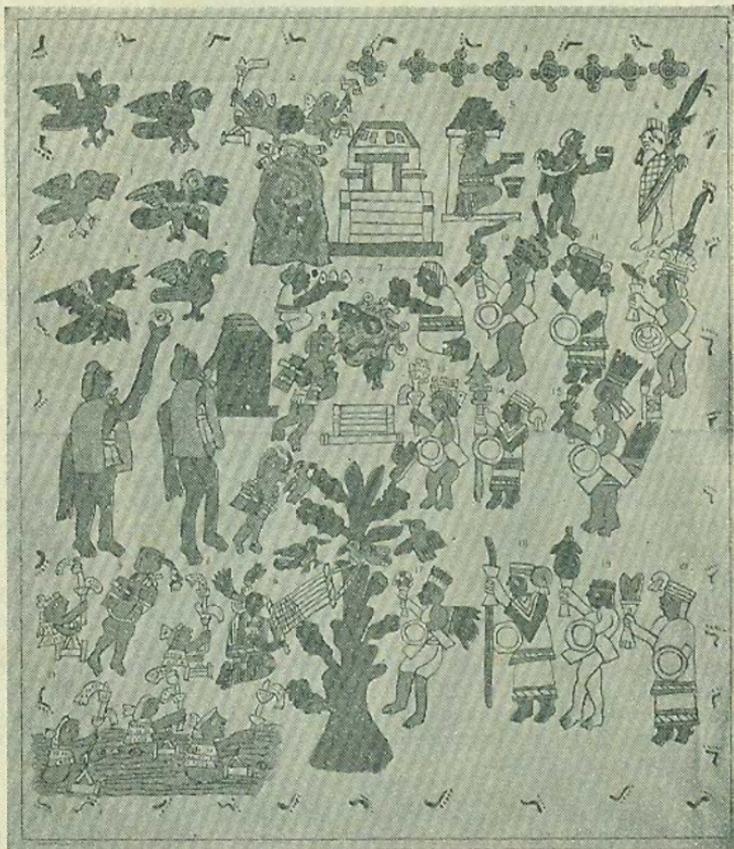
* * *

“Hacían estos naturales, dice Sahagún, una fiesta de ocho en ocho años á la cual llamaban: ayuno de pan y agua. Ninguna cosa comían en ocho días antes de esta fiesta, sino unos tamales hechos sin sal, ni bebían sino agua clara. (Esta fiesta caía á fines de octubre y principios de noviembre, que corresponde en Nicoya á la terminación de la estación lluviosa y á la cosecha del maíz). A los tamales que comían estos días llamaban *atamalli*, porque ninguna cosa les mezclaban cuando los hacían, ni aun sal, sino sólo agua; ni cocían el maíz con cal, sino con sólo agua, y todos comían al medio día, y si alguno no ayunaba castigábanlo por ello. Tenían en gran reverencia este ayuno y en gran temor, porque decían que los que no lo guardaban, aunque secretamente comiesen y no lo supiese nadie, Dios los castigaba hiriéndoles con lepra. A esta fiesta llamaban *Ixneztiva* que quiere decir “buscar ventura”: creían que en esta fiesta bailaban los dioses todos, y así es que todos los que bailaban se ataviaban con diversos trajes; unos tomaban personajes de aves, y otros de animales, y así unos se transfiguraban como *tzinizcan*, otros como mariposas, otros como abejas, otros como moscas, otros como escarabajos; otros traían á cuestras un hombre durmiendo, y decían que era el sueño; otros unas sartas de tamales que llamaban *xocotamalli*, otros de otras especies que llamaban *catamalli*; otros traían comida de tamales y otras cosas, y dábanles á los pobres. También tomaban personajes de éstos, como son los que traen á cuestras leña para vender, otros que traen verduras; también tomaban personajes de enfermos, como son los leprosos y bubosos. Estaba la imagen de *Tlaloc* en medio del areyto, á cuya honra bailaban, y delante de ella estaba una balsa de agua, donde había culebras y ranas, y unos hombres que llamaban *mazatecas* estaban á la orilla de la balsa, y tragábanse las culebras y las ranas vivas; tomábanlas con las bocas y no con las manos, y cuando las habían tomado en la boca, íbanse á bailar, íbanlas tragando y bailando, y el que primero acababa de tragar la culebra ó rana, luego daba voces diciendo: papa, papa. Bailaban al alrededor del *Cu* de este dios, y cuando iban bailando, y pasaban por los cestos que llamaban *tonaca cuexcomatl*, dábanles de los tamales que estaban en ellos, y las viejas que estaban mirando este areyto lloraban, acordándose que otra vez que se hiciese aquella fiesta ya serían muertas. Decían que este ayuno se hacía por dar descanso al mante-

nimiento, porque ninguna cosa en aquel ayuno se comía con el pan, y también decían que todo el otro tiempo fatigaban al mantenimiento ó pan, porque lo mezclaban con sal, cal y salitre, y así lo vestían y desnudaban de diversas maneras y libreas, de que se afrentaba y se envejecía, y con este ayuno se remozaba. El día siguiente después del ayuno se llamaba *molpoloto*, que quiere decir que comían otras cosas con el pan, porque ya se había hecho penitencia."

La mascarada india que publicamos en esta página es tomada de un estudio del Doctor J. Walter Fewkes, y representa la ceremonia centroamericana á que Sahagún se refiere en el escrito anterior. La posición de las huellas humanas al rededor del cuadro indica el sentido en que los danzantes giraban en contorno del templo, que en el dibujo está marcado con el número 4.

Con el número 1 están marcados los danzantes que representaban aves



Mascarada india tomada de Sahagún

como: águilas, buhos, cuervos, papagayos, etc., en que entran los colores amarillo, rojo, azul, verde, gris y castaño. El número 2 representa á los dioses de la lluvia en el momento de partir, arrojados por la montaña de los vientos. Luego aparece más abajo, con el número 13, la misma divinidad presidiendo la danza

frente á la balsa de agua; y al final, bajo el número 21, los cinco dioses de las lluvias, parecen despedirse definitivamente, siguiendo el curso de un río.

Con la entrada de la estación seca, la diosa de los telares (número 16) se entrega á la extracción de la fibra y á confeccionar las ricas telas, cuya materia prima le proporcionan las plantas del algodouero y del maguey.

Los indios (número 5) reciben con viandas á los convidados de la fiesta; mientras otros (número 7) ofrecen, de rodillas, manjares á su dios festejado. Otras figuras que aparecen en el cuadro (números 10 á 20) representan los dioses del baile, de las cosechas, del pulque, de la pezca, de la salud, del fuego, de la tierra, etc., todos los cuales tomaban parte en la gran fiesta de *Tlaloc*.

Con los número 8 y 9 están marcados: la balsa de agua en que se depositaban las ranas y serpientes, que los mazatecas tragaban vivas. Si fijamos nuestra atención en las serpientes que los mazatecas tienen en las bocas, veremos que son serpientes de cascabel (*Crotalus terrificus*) probablemente, pues no de otra manera habrían pintado los indios esas serpientes con las colas terminadas en tres y cuatro cascabeles.

Dispersión de las lluvias por el viento, entrada de la estación seca, y acción de gracias por el éxito de las cosechas, en honor del dios de las aguas, esa es la impresión que me ha producido este importante documento indio, que el genio de los arqueólogos é historiadores americanistas ha hecho circular por todo el mundo.

Anastasio Alfaro